

“Mi delirio sobre el Chimborazo”: anuncios y fundación¹

RAÚL SERRANO SÁNCHEZ

Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador

RESUMEN

El autor reflexiona sobre el poema escrito por Bolívar en 1823. Plantea que, ante la sobrecogedora belleza del volcán, y enfrentado a un destino complejo y caótico, el héroe revive eternos temores. Serrano lo asimila al Cristo del sermón de la montaña, cuando pretende reencontrarse con los elementos, reinsertarse en el mundo que está redefiniéndose en los campos de batalla. En la cima del Chimborazo, Bolívar dialoga con el tiempo, voz en la que el autor destaca las resonancias bíblicas. Resalta que el héroe, perturbado por los acontecimientos políticos, está poseído por una “pasión violenta”, por un proyecto político que deviene en obsesión: la idea de construir una gran nación liberada. Serrano concibe a la voz del Viejo como la representante de un orden mítico que pervive (el guardián del mundo mineral y espiritual), que interpela a un sujeto que, otra vez como el Cristo, duda. El final abierto del texto, para el autor, sugiere que solo en el sueño o el delirio es posible reconocer nuestra condición de “miseros mortales”.

PALABRAS CLAVE: Literatura hispanoamericana, poesía romántica, siglo XIX, Simón Bolívar, delirio.

1. La redacción de este texto fue posible gracias al auspicio del Comité de Investigaciones de la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador.

SUMMARY

The author studies the poem written by Bolívar in 1823. He claims that upon the overwhelming beauty of the volcano and in face of a complex and chaotic fate, the hero is submitted to timeless fears. His attempt to bond with earth's elements and set himself anew in a world being redefined in battlefields, makes Serrano draw parallels with Christ's Sermon on the Mount. Other biblical analogies are related to the voice of time, whom Bolívar speaks to on the Chimborazo's summit. Serrano points out that the hero, disturbed by political events, is possessed by a "violent passion", a political project that turns into the obsession of forging the greatness of a free nation. Serrano conceives the Elder's voice (used in the poem to name time) as representing a perpetual mythical order (custodian of mineral and spiritual worlds) that questions the one who doubts, again, just as Christ does. The author believes the poem's open ending suggests that it is only in dreams or delusion where we can acknowledge our condition of "miserable mortals".

KEY WORDS: Spanish American literature, Romantic Poetry, 19th century, Simón Bolívar, delusion.

*La montaña es terrible
porque es tiempo petrificado,
inmensa forma quieta
en cuyas entrañas duerme
y sueña un mundo primordial:
agua y metales, piedras y fuego.*
Octavio Paz²

DE FECHAS Y LUGARES

1823 ES UN AÑO decisivo dentro del proceso independentista latinoamericano. Están por concretarse, luego del triunfo de la Batalla de Pichincha del 24 de Mayo de 1822, liderada por el Mariscal Antonio José de Sucre, la victoria de Junín, del 6 de agosto de 1824, y la de Ayacucho, del 9 de diciembre de 1824 en Perú. Enfrentamientos que pusieron fin, al menos desde el juego de las metáforas, al dominio político de España en América.

2. Octavio Paz, "El pan, la sal y la piedra (Gabriela Mistral, 1889-1957)", en *Al paso*, Barcelona, Seix-Barral, 1992, p. 29.

Un hecho que gravitará en la vida personal y política de Simón Bolívar (Caracas, 1783-1830),³ a partir de su entrada en Quito, el 16 de junio de 1822, será el encuentro con Manuela Sáenz (Quito, 1797-Paita, 1856.),⁴ quien a más de ser su “adorable loca”, pasará a convertirse en su asesora política y la responsable de organizar y llevar su archivo personal.

Pero otra victoria decisiva que por entonces cosechó el Libertador se dio en la enigmática conferencia celebrada en Guayaquil entre el 26 y el 27 de julio de 1822 con el general San Martín. Encuentro que ha suscitado, en la literatura latinoamericana, más de una elucubración; basten como ejemplos el célebre cuento de Jorge Luis Borges, “Guayaquil”, incluido en *El informe de Brodie* (1970), y el poema de Neruda “Guayaquil 1822”, que forma parte de su *Canto general* (1950).

En este contexto y durante su estadía en Ecuador, Bolívar escribe en Riobamba, ciudad de la Sierra central en la que se ubica el imponente nevado Chimborazo,⁵ lo que será su testimonio de deslumbramiento ante la belleza arrasadora de esa mole milenaria: “Mi delirio sobre el Chimborazo”. (Hay voces que sostienen que la redacción definitiva del texto la hizo en Loja, en 1822).

3. Para un examen de la vida y acciones del Libertador, cfr. Alfonso Rumazo González, *Simón Bolívar*, Bogotá, Intermedio, 2006; John Lynch, *Simón Bolívar*, trad. castellana de Alejandro Chaparro, Barcelona, Crítica, 2006.

4. Existen varios ensayos biográficos sobre la heroína, incluso su figura y acciones han sido materia de varias novelas. Cfr. Alfonso Rumazo González, *Manuela Sáenz, la libertadora del libertador*, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 2003 [1944]; Raquel Verdesoto de Romo Dávila, *Manuela Sáenz*, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1963.

5. El monte Chimborazo está situado en la provincia del mismo nombre, en Ecuador, y a sus pies se levanta la ciudad de Riobamba, capital de la provincia. Chimborazo es el nombre del dios de la antigua nación Puruhá, que más tarde fue adorado por los Incas. Su nombre tiene varios significados en los dialectos vernáculos. Viene del jibaro *chimbu*, asiento, dueño de casa; del aymará *rassu*, montaña; del colorado *shimbu*, mujer, y *rassu*, nieve. También se cree que *chimbo* es de origen chimú y significa sombra protectora. En idioma quichua, *chimbo* o *chimbu* significa la del otro bando y *rassu*, nieve. Es decir “Nieve del otro bando”, lo cual concuerda con la mitología indígena que considera al Chimborazo como esposo de la Tungurahua, montaña situada frente al mitológico cónyuge. Los indígenas de la provincia del Chimborazo creen que las dos montañas se juntan cuando el cielo resplandece por los relámpagos en las noches de tormenta. *Alexander von Humboldt intentó llegar a la cima del nevado, pero solo alcanzó los 5.900 m sobre el nivel del mar. En la visión de la montaña ecuatoriana se inspiró Simón Bolívar al momento de darle vida a este singular texto: “Mi delirio sobre el Chimborazo”* (<http://www.temakel.com/index.htm>) (El subrayado es mío).

Sorprende saber que cuatro años antes, el pintor alemán, Caspar David Friedrich (1774-1840), había realizado su célebre cuadro *El caminante sobre un mar de nubes*; sorprende porque al mirar hoy a ese caminante en la típica actitud de un romántico interrogando la majestuosidad de la naturaleza, atravesado por la melancolía y un buen grado de angustia, en quien pensamos es en un Bolívar que emula, en la escritura de su *raptus*, el gesto de ese caminante.

Sin que tenga el carácter pleno de un manifiesto, “Mi delirio...” se convierte en anuncio clave de lo que será la escritura poética posterior en nuestra América. De pronto, muchos autores latinoamericanos del Romanticismo no repararon en este antecedente, pero la verdad es que esa marca personal, o ese signo identitario de una escritura que tendrá que forjar su “independencia” particular, sí se pone de manifiesto con esta prosa que mucho tiene de “profana”, como diría Rubén Darío. Profana, pues es un texto que a nivel de sus sentidos propone una ruptura que, en el orden simbólico y moral, significa levantar un mapa de una geografía que se estaba reinventando. Por tanto, desde los recursos escriturarios y todo el sistema de significados que connota, marca un derrotero, un camino que será fiel y consecuente con lo que en el plano político e ideológico planteaba su autor.

AUSENCIA REITERADA

No cabe duda que “Mi delirio...” es uno de los textos más emblemáticos del período y que lamentablemente no consta en las antologías que sobre la poesía de la Independencia se han publicado hasta la fecha.⁶ Además, el autor, por estrategia expresiva, apeló a la prosa y no al verso, pues como bien nos lo recuerda Emilio Carilla:

Cabe también la posibilidad de una explicación complementaria, íntimamente ligada al momento histórico que se vive en América a comienzos del siglo XIX. En la urgencia de la acción (militar, política, diplomática, etc.), en los cambios radicales que se suceden, en la importancia que adquiere lo

6. Existen varias selecciones, una a considerar es la de Emilio Carilla, comp., *Poesía de la Independencia*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, vol. 59, 1992, 2a. ed.

combativo e inmediato, el verso, ligado casi siempre al poema breve o no muy extenso, es vehículo esencial en la literatura de la época. Todo esto, repito, sin detenernos a puntualizar aquí los mayores o menores aciertos poéticos.⁷

Sabemos cómo estuvo inmerso Bolívar “en la urgencia de la acción”, por lo que extraña que haya preferido apelar a la prosa y no al verso a la hora de enfrentar un desafío escritural (su ascenso) a la hora de componer “Mi delirio sobre el Chimborazo”, del que hasta la fecha no ha sido posible establecer el texto autógrafo, aunque la autoría del Libertador jamás se ha puesto en duda. El polígrafo venezolano Pedro Grases lo ratifica, e incluso sostiene que “*El Delirio* se estima como una de las páginas más hermosas de Bolívar. En la mayor parte de estudios sobre el estilo literario del Libertador se menciona este texto porque realmente es obra de excepción en los escritos de Bolívar”.⁸

Por su parte el maestro Pedro Henríquez Ureña, al comentar la calidad y méritos de la prosa del general observa:

El mismo Bolívar, el más brillante y original de los libertadores, el Libertador por excelencia, escribió un idioma claro y vívido. Sus mejores páginas son probablemente las de su discurso ante el Congreso de Angostura (12 de febrero de 1819), con que presentó el proyecto de una constitución hecho por él mismo y por Zea para la República de Colombia. En sus cartas hay pasajes sorprendentes, especialmente la “profecía” escrita en Jamaica (6 de septiembre de 1815). *Escribió hasta una especie de poema en prosa sobre su subida al Chimborazo.*⁹

A más de los escritos políticos, “Mi delirio...” es “obra de excepción” dentro de la tradición literaria que contribuye a fundar Bolívar, quien estaba convencido de que acorde a sus acciones guerreras y de liberación de los pueblos sometidos al yugo colonial, debía desplegarse la forja de un nuevo espíritu, muy en la línea con los postulados del Romanticismo (por entonces en pleno despegue en Europa) y de un lenguaje otro que encarnara (lo intenta-

7. E. Carilla, *Poesía de la Independencia*, p. XXVIII.

8. Pedro Grases, *Escritos selectos*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, vol. 144, 1989, pp. 190-191.

9. Pedro Henríquez Ureña, *Las corrientes literarias en la América Hispánica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994 [1945], p. 102. El subrayado es mío.

rán los escritores del Romanticismo latinoamericano) ese nuevo momento de aquel sujeto que emergía y que se construía como resultado de los procesos emancipadores. Por tanto, este, el texto del Libertador, también pone en interdicto lo que hasta la fecha se ha sostenido respecto al devenir de la tradición romántica entre nosotros. Quizás, una de las afirmaciones que deconstruye es la originalidad del Romanticismo latinoamericano. Lo que habría que considerar es en qué medida las características de nuestro romanticismo van a la par de lo que significaba el movimiento emancipador, lo que le daba y le da una definición que sin duda resulta anticanónica respecto a los referentes que operaban y que empezaron a darse desde esos tiempos.

EL TEXTO COMO PRUEBA

El poema de Bolívar ha circulado de manera amplia y por distintos medios. La versión que reproduzco la he tomado de *Simón Bolívar*, recopilación de textos preparada por el historiador ecuatoriano Enrique Ayala Mora y publicada en Quito en 2004 en una tercera edición por la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, y la Corporación Editora Nacional.

Mi delirio sobre el Chimborazo

Yo venía envuelto en el manto de Iris, desde donde paga su tributo el caudaloso Orinoco al Dios de las aguas. Había visitado las encantadas fuentes amazónicas, y quise subir al atalaya del Universo. Busqué las huellas de La Condamine y de Humboldt; seguías audaz, nada me detuvo; llegué a la región glacial, el éter sofocaba mi aliento. Ninguna planta humana había hollado la corona diamantina que pusieron las manos de la Eternidad sobre las sienas excelsas del dominador de los Andes. Yo me dije: este manto de Iris que me ha servido de estandarte, ha recorrido en mis manos sobre regiones infernales, ha surcado los ríos y los mares, ha subido sobre los hombros gigantescos de los Andes; la tierra se ha allanado a los pies de Colombia, y el tiempo no ha podido detener la marcha de la libertad. Belona ha sido humillada por el resplandor de Iris, ¿y no podré yo trepar sobre los cabellos canosos del gigante de la tierra? ¡Sí podré! Y arrebatado por la violencia de un espíritu desconocido para mí, que me parecía divino, dejé atrás las huellas de Humboldt, empañando los cristales eternos que circuyen el Chimborazo. Llego como impulsado

por el genio que me animaba, y desfallezco al tocar con mi cabeza la copa del firmamento: tenía a mis pies los umbrales del abismo.

Un delirio febril embarga mi mente; me siento como encendido por un fuego extraño y superior. Era el Dios de Colombia que me poseía.

De repente se me presenta el Tiempo bajo el semblante venerable de un viejo cargado con los despojos de las edades: ceñudo, inclinado, calvo, rizada la tez, una hoz en la mano...

Yo soy el padre de los siglos, soy el arcano de la fama y del secreto, mi madre fue la Eternidad; los límites de mi imperio los señala el Infinito; no hay sepulcro para mí, porque soy más poderoso que la Muerte; miro lo pasado, miro lo futuro, y por mis manos pasa lo presente. ¿Por qué te envanece, niño o viejo, hombre o héroe? ¿Crees que es algo tu Universo? ¿Que levantaros sobre un átomo de la Creación, es elevaros? ¿Pensáis que los instantes que llamáis siglos pueden servir de medida a mis arcanos? ¿Imagináis que habéis visto la Santa Verdad? ¿Suponéis locamente que vuestras acciones tienen algún precio a mis ojos? Todo es menos que un punto a la presencia del Infinito que es mi hermano.

Sobrecogido de un terror sagrado, ¿cómo, ¡oh Tiempo! —respondí— no ha de desvanecerse el mísero mortal que ha subido tan alto? He pasado a todos los hombres en fortuna, porque me he elevado sobre la cabeza de todos. Yo domino la tierra con mis plantas; llego al Eterno con mis manos; siento las prisiones infernales bullir bajo mis pasos; estoy mirando junto a mí rutilantes astros, los soles infinitos; mido sin asombro el espacio que encierra la materia, y en tu rostro leo la Historia de lo pasado y los pensamientos del Destino.

Observa —me dijo—, aprende, conserva en tu mente lo que has visto, dibuja a los ojos de tus semejantes el cuadro del Universo físico, del Universo moral; no escondas los secretos que el cielo te ha revelado: di la verdad a los hombres.

El fantasma desapareció.

Absorto, yerto, por decirlo así, quedé exánime largo tiempo, tendido sobre aquel inmenso diamante que me servía de lecho. En fin, la tremenda voz de Colombia me grita; resucito, me incorporo, abro con mis propias manos los pesados párpados: vuelvo a ser hombre, y escribo mi delirio.¹⁰

10. Simón Bolívar, "Mi delirio sobre el Chimborazo", en *Simón Bolívar*, Enrique Ayala Mora, edit., Quito, Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador/Corporación Editora Nacional, 2004, 3a. ed., pp. 125-126.

PROSA DE EXCEPCIÓN

Sin duda que el hechizo, la belleza abrumadora, soberbia del Chimborazo y la naturaleza indómita, siempre estuvieron presentes en el guerrero, así lo demuestra, si nos guiamos por la cronología, una carta que le escribe en 1824 a su maestro Simón Rodríguez desde Patavilca, en la que le expresa:

Venga Vmd. al Chimborazo; profane Vmd. con su planta atrevida la escala de los titanes, la corona de la tierra, la almena inexpugnable del Universo nuevo. Desde tan alto tenderá Vd. la vista; y al observar el cielo y la tierra, admirando el pasmo de la Creación terrena podrá decirse: “Dos eternidades me contemplan: la pasada y la que viene; y este trono de la naturaleza, idéntico a su Autor, será tan duradero, indestructible y eterno como el Padre del Universo”.¹¹

Dos o un año antes, su discípulo había superado la hazaña de los hombres de ciencia, haciendo del delirio una revelación, de la que esta breve, fugaz y alucinante prosa, deviene, a más de ser un testimonio directo de experiencia al profanar con sus plantas la escala de este titán, en “obra de excepción en los escritos de Bolívar”.

Es de excepción no solo por lo peculiar, lo vibrante y desconcertante de su estilo, que hace de lo onírico un recurso que le permite a la voz lírica retraerse de las tareas terrenales para cabalgar por las arenas de la irrazón, esto es el sueño, sino también por su sorprendente actualidad. De ahí, incluso, las dimensiones del texto; su brevedad, que en apariencia es un marco limitado, es la misma que encierra un sueño o el delirio de un hombre de razón como el Libertador que de pronto, llega, en ese espacio marcado por la palabra poética, a convivir con viejos y eternos interrogantes que, a la vez, son sospechas, temores imposibles de explicar en las páginas que la hora histórica exigía como argumentos lógicos, no evasiones (¿el viaje del sueño?), que únicamente son posibles en la ritualización del poema.

11. Carta “Al Señor Simón Rodríguez”, Patavilca, 19 de enero de 1824, en Simón Bolívar, *Doctrina del Libertador*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, vol. 1, 1985, p. 173.

Además se trata, quizás, de uno de los momentos en los que el Libertador se viste con todo el ropaje que los poetas del Romanticismo (los de la vertiente liberal ilustrada) le colocaron a sus personajes para que dijera su “verdad”, su versión de lo que se podía escribir desde el filo de todos los desafíos, desde las tinieblas en las que se combatía contra aquellos adversarios que no cuadraban en una visión de lo abisal. A la hora de la escritura de esta “prosa profana”, el “primer Romanticismo” tenía plena vigencia en Europa.¹² La pregunta es si Bolívar leyó a algunos de los autores que para entonces estaban en la escena cultural y literaria. Es posible. Pero sí sabemos que el caraqueño se vio seducido en sus años de formación por aquellos autores, que también incidieron en los románticos, como Dante, Shakespeare, Cervantes y Goethe, más filósofos como J. J. Rousseau. Al margen de esto, lo cierto es que aquellos gestos y actitudes con las que se pretendía caracterizar el espíritu romántico estaban presentes o convergían en la personalidad y las acciones de Bolívar, quien a no dudarlo es un personaje, en el mejor sentido del término, romántico. Esas preocupaciones de los románticos respecto al yo, la verdad, la relación con la justicia, la naturaleza y lo que Albert Béguin llama “el alma y el sueño”, transitan en “Mi delirio...”. Incluso ese acentuado nivel lúdico en que el dios Cronos, el Tiempo, se personaliza y establece diálogo con el mortal Bolívar, es uno de los recursos que años después será extremado por los mismos surrealistas dentro de sus alucinaciones con un Tiempo al que confrontarán desde otros avatares.

Estos elementos dotan indudablemente a “Mi delirio...” de un aura romántica que, a su vez, resulta reveladora si pensamos que para los años de su composición, en América, del Romanticismo, en términos literarios y de debate, no se sabía nada. Esto no quiere decir, por otro lado, que los gestos y actitudes que anotamos antes, de clara expresión romántica, no hayan tenido lugar en un tiempo en que por la índole de lo que se estaba gestando, como la búsqueda de la libertad y el poner fin a ciertas formas de sometimiento y explotación imperial, tenía todo para ser calificado como romántico.

El texto de Bolívar es el resultado de lo que la voz lírica describe con acierto: “Un delirio febril [...] un fuego extraño y superior”.¹³ Delirio febril

12. Recordemos que el Romanticismo surge en el viejo continente entre 1815-1820 y tiende a desaparecer entre 1848 y 1852, años en los que va a iniciarse el reinado del Realismo.

13. S. Bolívar, “Mi delirio...”, p. 125.

que es un estado de ruptura con la realidad, de inmersión en ámbitos insondables de los que solo en el viaje o tránsito a esas arenas, es posible se revele lo que hasta entonces resulta ambiguo e inexplicable. Además, no olvidemos que este “fuego extraño y superior” es resultado de una experiencia que sobrepasó lo contemplativo; pues, el ascenso a la cima del coloso es una fusión de los desbordes de lo imaginario y de lo vivido.

FUNDACIONES

Es innegable que un texto como el que nos ocupa, a más de marcar un momento preciso de la historia Latinoamericana, también se constituya en un anuncio fundacional de una escritura que completa lo que el proceso emancipador, en lo político, proponía: romper con la Colonia significaba también configurar un lenguaje acorde con esa libertad ansiada. Como anota Pablo Mora: “Con Bolívar se realiza la revolución de Independencia en las letras castellanas o, para no salir de casa, en las letras americanas. Fue también en literatura el Libertador”.¹⁴

De la gran cantidad de páginas que escribió Bolívar –al margen de las múltiples cartas de amor que compuso, entre las que destacan las enviadas a Manuela Sáenz–,¹⁵ “Mi delirio...” es un texto particular por ser una prosa que se anuncia como una de las gestas de nuestro “primer Romanticismo”. Además, la estrategia escrituraria lo reviste de carácter autorreferencial, lo que ubica al personaje poemático en la arena y los desafíos que los románticos europeos se habían planteado como condición vital para interpretar ese estado de ánimo que era resultado de la crisis que se operaba en un yo que se sabía individuo, sujeto capaz de mostrarse complejo y conflictuado; sintomatología de los nuevos tiempos y sensibilidades.

Es interesante lo que el historiador y crítico ecuatoriano, Isaac J. Barrera, observa sobre el poema:

14. Pablo Mora, “La vida de Bolívar, su mejor obra”, en Internet: www.ucm.es/info/especulo/numero12

15. Al respecto cfr. Manuel Espinosa Apolo, edit., *Correspondencia íntima de Simón Bolívar y Manuela Sáenz*, Quito, Centro de Estudios Felipe Guamán Poma, 1996.

“Mi delirio... [...]” ponía resonancia renovada en la frase, daba otro sentido a las palabras, infundía inesperada significación al accidente geográfico, que, lejos de detenerlo, acrecentó vigor y grandeza en el héroe. Le dio nueva fuerza pero le hizo también ahondar en la significación de sus propios actos.¹⁶

Barrera destaca uno de los sentidos que le otorga a este texto un nivel confesional: su pacto con la naturaleza. No olvidemos que pocos años después, como consecuencia del legado de los románticos, José Martí dirá en un memorable poema: “el Universo habla mejor que el hombre”.¹⁷ Ese nivel confesional no solo es de estremecedora sinceridad, es sino de profunda y vital confirmación de lo que significa la experiencia interior del héroe y el ámbito del delirio como la sangre y carne de la escritura de esa experiencia explorada –de acuerdo a las obsesiones de los románticos– en el descenso al abismo; descenso donde el yo se fragmenta en la búsqueda de aquello que por inexplicable le permite fundirse con “el trono natural” que despierta a los llamados de una Libertad, que al ser reivindicadora de un tipo particularizado del yo, ese mismo yo busca pluralizarse, lo que de por sí resulta contrario a las visiones individuales de los románticos de la época.

Vale insistir en que sin tener el carácter pleno de un manifiesto literario (a la larga esa condición termina por imponérsele), “Mi delirio...” se convierte en un anuncio clave de lo que será la escritura poética posterior en nuestra América. De pronto, muchos autores latinoamericanos del Romanticismo no repararon en este antecedente, pero la verdad es que esa marca personal, o ese signo identitario de una escritura que tendrá que forjar su “independencia”, se pone de manifiesto con esta “prosa” que en diversos sentidos mucho tiene de profana.

16. Isaac J. Barrera, *Historia de la literatura ecuatoriana*, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1960, p. 580.

17. José Martí, “Dos patrias”, en *Flores del destierro*, incluido en José Olivio Jiménez, *Antología crítica de la poesía modernista hispanoamericana*, Madrid, Hiperión, 1994, 4a. ed., p. 86.

LAS BÚSQUEDAS DEL HÉROE

“Mi delirio sobre el Chimborazo” se convierte en un acto de búsqueda del héroe no solo con un norte que cada vez le parece más visible, sino que en determinado momento ese norte se complejiza y caotiza, e incluso llega a generar, en el magma de lo real, un escenario de locura desbordante, otro elemento de los que se nutrirán el Romanticismo y el arte moderno.

Es en medio de ese escenario delirante que el héroe, como Jesús a la hora del sermón de la montaña, pretende reencontrarse con los elementos, a más de las razones o argumentos que lo llevaron a estar conectado desde su condición de hombre (o sea, de mortal), con lo que era o es el mundo físico que está redefiniéndose en los campos de batalla; territorios en los que se llevaba a cabo una guerra cruenta que era el costo no de “una” independencia, sino del entramado de múltiples guerras y de diversas independencias. Este proceso supuso una red de conflictos (amén de las ambiciones e intereses de grupos inescrupulosos) que la Independencia destapó y convirtió en retos que los nuevos ideólogos y dirigentes debieron encarar.

Bolívar, el guerrero y el hombre, vio y asistió a múltiples batallas, otras las intuyó; también obvió aquellas que por razones de Estado (estas razones partían de la consideración de una armonía que pretendía ocultar las poderosas e intrincadas contradicciones que el nuevo orden de cosas gestaba) le impedían a su hora ser más audaz; pero también tuvo que lidiar, dentro del proceso, con traidores e impostores que pretendían distorsionar los objetivos del proyecto bolivariano.¹⁸

Pero frente a esa imposibilidad, el héroe tiene la opción del desplazamiento, fuga, hacia terrenos hasta entonces posibles en medio de la alucinación de ciertos sueños, a veces prolongados en los cuerpos con los que el placer era un sosiego condicionado. Esa fuga, que le permite obviar las huellas marcadas, en el terreno de lo racional y humano, por científicos como el francés La Condamine¹⁹ y el alemán Alejandro de Humboldt. Por cierto, es

18. Al respecto, es reveladora la pintura que sobre algunos de estos personajes ofrece en su novela dedicada a examinar los últimos días del Libertador, Gabriel García Márquez en *El general en su laberinto*, Bogotá, Norma, 2004.

19. Carlos María de la Condamine (1701-1774). Científico de la Primera Misión Geodésica Francesa que en el primer tercio del siglo XVIII llegó al Ecuador. La Misión reali-

importante destacar la admiración, “el amor”, que Bolívar llegó a profesarle a este último desde que se encontraron por primera vez en París en 1804.²⁰

Los científicos, desde el uso y las limitaciones, restricciones penosas, de su ciencia solo pudieron llegar hasta ciertos niveles en su exploración y escalada del nevado Chimborazo. Al guerrero, travestido en un ser fuera del mundo, las alas, el vuelo de lo alucinante (alucinógeno), esa máquina de múltiples vuelos que es el delirio –variante romántica de la imaginación– le permite ascender hacia la misma cima de ese fabuloso y desconcertante animal al que un hombre de ciencia, tan sujeto y objeto de la razón y la prueba, como su amigo Humboldt,²¹ no pudo doblegar por más empeño, esfuerzo, planificación y energía entregada.

No olvidemos que Humboldt era otro argonauta alucinado y toda su figura tiene un hálito romántico. Bolívar, convertido por efectos de la magia del delirio en un fantasma, entra en la cima del nevado en diálogo con el Tiempo, que es la voz de una sombra, de una conciencia que en el héroe se expresa como la evidencia de saberse una criatura cuyas acciones u obras, de pronto ese Tiempo como la Eternidad, juzgan nimias frente a lo que sin duda es la condición de un mortal.

zó la medición de un arco de meridiano en el país, y algunas investigaciones cartográficas, así como de la geografía y naturaleza del sector. Los resultados de esas investigaciones constituyen importantes fuentes de indagación histórica. Cfr. Neptalí Zúñiga, *La expedición científica de Francia del siglo XVIII en la presidencia de Quito*, Quito, Publicaciones del IPGH, 1977, p. 15.

20. Alejandro de Humboldt (1769-1859). Científico y viajero alemán. En una elocuente carta, fechada el 10 de noviembre de 1821, el Libertador le expresa al científico: “Así, estimable amigo, reciba Ud. los cordiales testimonios de quien ha tenido el honor de respetar su nombre antes de conocerlo, y de amarlo cuando le vio en París y en Roma”. En Alejandro de Humboldt, *Cartas americanas*, Compilación, prólogo, notas y cronología de Charles Minguet, Caracas, Biblioteca Ayacucho, vol. 74, 1980, pp. 266-267.
21. Sobre el encuentro entre el Libertador y el viajero, cfr. “Simón Bolívar y Alejandro de Humboldt”, en Günter Kahle, *Simón Bolívar y los alemanes, 1830/1980*, trad. de Ernesto Garzón Valdés, Berlín, Dietrich Reimer Verlag Berlín, 1980, pp. 39-48.

ÁMBITOS DEL DELIRIO

Según el *Diccionario de la Lengua Española*, sin dejar de considerar lo que al respecto el psicoanálisis ha indagado, *delirio*, entre otras acepciones, es un “desorden o perturbación de la razón o de la fantasía, originado por una enfermedad o una pasión violenta”.²² Por su parte, Carlos Castilla del Pino observa:

El delirio se define en los tratados de psiquiatría como una interpretación o creencia errónea a la que el sujeto (delirante) confiere carácter de cierta y que posee en él categoría de incorregible, a pesar de todos los argumentos en contra, incluso ante toda prueba de realidad. El delirio posee una firmeza tal en el tema (o *contenido* del mismo), que lo hace incommovible. Se ha señalado otra característica (Jaspers), a saber: la imposibilidad del contenido.²³

En el texto de Bolívar, quien habla es un sujeto que se muestra “perturbado” (los acontecimientos políticos que la guerra de Independencia han generado, dan lugar a que se visualicen aquellos conflictos que todo proceso de ruptura genera); sujeto que se sabe poseído y atravesado por una “pasión violenta” que, a su vez, deviene en enfermedad; pues la idea de la libertad (anhelo romántico), de la construcción de una gran nación sin ataduras coloniales, no solo es un proyecto político, también es una obsesión, un drama, un destino, pero a la vez, cárcel de la razón.

Sabemos que la pasión es concretar ese proyecto político, responder, ser leal a “la tremenda voz de Colombia” que le “grita” desde la realidad hostil, implacable, que lo llama sacándolo de ese trance que vive mientras dura su *raptus* (poético, escritural) a “la copa del firmamento”. Bolívar se siente como Ulises mientras resiste el canto narcotizante de las sirenas (lo cual evidencia la filiación con el mundo helénico del Libertador así como de otros “próceres poetas” del período prerromántico o también denominado clasicismo). En medio de ese escenario alucinante, “los umbrales del abis-

22. Real Academia Española, *Diccionario de la Lengua Española*, t. 1., Madrid, Espasa Calpe S.A., 1992, p. 667.

23. Carlos Castilla del Pino, *El delirio, un error necesario*, Oviedo, Ediciones Nobel, 1998, p. 15.

mo”, el héroe entra en comunión con todas las fuerzas que tejen y convierten al universo en un dédalo donde la voz del Tiempo se corporiza para hablarle a un sujeto que antes reconoce que: “Un delirio febril embarga mi mente; me siento como encendido por un fuego extraño y superior. Era el Dios de Colombia que me poseía”.²⁴

En esta alegoría (están muy bien tratados lo denotativo y lo figurado), lo que se pone en crisis, desde la metáfora del héroe, es la condición humana como un entramado de veleidades e incluso máscaras inconfesables. Como le increpa el “Viejo” que encarna al Tiempo:

“¿Por qué te envanece, niño o viejo, hombre o héroe? ¿Crees que es algo tu Universo? ¿Qué levantaros sobre un átomo de la Creación, es elevaros?”. Luego, el Tiempo pone en duda, en el plano de la sospecha, la dimensión de la obra del héroe: “¿Suponéis locamente que vuestras acciones tienen algún precio a mis ojos? Todo es menos que un punto a la presencia del Infinito que es mi hermano”.²⁵

Ese “Viejo”, que es la voz de un orden secreto, mítico (el guardián del mundo mineral y espiritual), que pese a todas las reconvenciones y desafíos de los mortales no ha podido ser desestabilizado, interpela a un sujeto que, otra vez como el Cristo, no quiere rehusar a su destino premarcado ni a su condición de criatura tentada por las bajas pasiones de la carne y lo terrenal. El héroe esta vez es reconvenido porque no solo se han puesto en crisis los principios de una lucha: lo que se ha quebrado, desnudándolo, es a quien se sabe “miserable mortal” en tanto y en cuanto el mayor combate, para el héroe, es el que tiene que ver con su posibilidad de no convertirse en un fantasma que el delirio puede legitimar en su abismo.

¿Crisis de identidad? En parte, sobre todo si entendemos que esa identidad es algo que se está fraguando como inherente a un mundo que tiene que ser resemantizado, refundado desde todo lo que de paradójico tiene lo real y humano. Pero también, crisis de lo que, como al “majadero” de Don Quijote (uno de los referentes vitales en el pensamiento y accionar épico-romántico de Bolívar) le sucede a la hora de enfrentar a quienes, desde esa realidad, deliran pero como víctimas de la razón; y sabemos los “mons-

24. S. Bolívar, “Mi delirio...”, p. 125.

25. *Ibid.*, p. 126.

truos” que los sueños de la razón, tan cultivada en medio de la ilustración, engendraron. Luego, como reacción, el sujeto señala:

Sobrecogido de un terror sagrado, “¿cómo ¡oh Tiempo! –respondí– no ha de desvanecerse el mísero mortal que ha subido tan alto? He pasado a todos los hombres en fortuna, porque me he elevado sobre la cabeza de todos. Yo domino la tierra con mis plantas; llego al Eterno con mis manos; siento las prisiones infernales bullir bajo mis pasos; estoy mirando junto a mí rutilantes astros, los soles infinitos; mido sin asombro el espacio que encierra la materia, y en tu rostro leo la Historia de lo pasado y los pensamientos del Destino.²⁶

“Sobrecogido de un terror sagrado”. Ese terror se convierte en sagrado cuando el sujeto cree haber culminado, dentro de los desafíos que impone la belleza o la poética del combate, lo que los otros mortales solo pueden mirar desde la otra orilla, o desde las fronteras de la realidad.

Quizás, en el ritmo vertiginoso, estremecedor, propio del delirio que empuja a esta prosa, lo que sorprende es cómo, otra vez la idea de la lucha contra los opresores de un pueblo constituye el programa de vida del héroe. Planteamiento que cala en la tesis romántica por alcanzar ese “paraíso perdido” que siempre está dentro del alma de quien, desde la confabulación o “paradojas de la escritura”, como dice Julio Ramos, asiste al cambio de posta, de códices de un mundo. Participación que no se redujo a contemplar la belleza desde fuera, sino sabiendo que el “terror sagrado” de esa belleza es parte de un delirio íntimo e insondable. Delirio que tampoco implica un divorcio, un renunciar o darle la espalda a la otra patria, que sin duda es la que todos compartimos y que bien puede llevar el nombre que mejor, íntima y desoladoramente le calce; porque como le dice –¿o nos dice?– el Viejo Tiempo al héroe:

observa [...], aprende, conserva en tu mente lo que has visto, dibuja a los ojos de tus semejantes el cuadro del Universo físico, del Universo moral; no escondas los secretos que el cielo te ha revelado: di la verdad a los hombres.²⁷

26. *Ibíd.*

27. *Ibíd.*, p. 126.

Sucede que esa revelación es un implacable dictamen ético otorgado por el cielo y no por el Dios del cristianismo, lo cual para un hombre como el Libertador que no era ateo, resulta más desconcertante que en su delirio ese Dios esté ausente; por tanto ese dictamen a más de ser un legado, es una conminatoria que hace del “Universo moral” un pacto, que encabalga y redimensiona a un plano mucho más complejo el compromiso del guerrero con su prójimo, al que no podrá ni deberá mentirle. Porque decir “la verdad a los hombres”, implica invadir e indagar otros canales que la búsqueda de la libertad y la soberanía exigen. Compromiso moral, que es alianza con quien no tendrá piedad a la hora del juicio definitivo; juicio en que el Viejo Tiempo hará de juez implacable y total.

De otro lado, esa resonancia bíblica que recubre al texto es parte de toda la mitología con la que el Romanticismo construyó su carta de batalla; resonancia que se hace evidente en las últimas líneas, las del desenlace o salida del delirio, que nos ponen como lectores (¿todos contemplamos la majestad de la montaña interior, a más de la del paisaje?) no solo ante un asombro, también ante el reconocimiento, desde “un terror sagrado”, de lo que las palabras, la escritura (espacio de confrontaciones) implica a la hora de todos los combates, de todas las crisis y eclosiones. Bolívar, el sujeto autorreferenciado, sabía, como buen estratega militar, disponer sus alfiles, y dar, por efecto de sorpresa, golpes mortales al enemigo.

Como otra maniobra de ese estrategia, “Mi delirio sobre el Chimborazo” no es la excepción. La condición de final abierto nos deja ante el desconcierto de saber que “todas las santas verdades” –como todas las acciones de un hombre, no digamos las del héroe que se expresa como la voz autorizada a la hora del delirio–, al momento en que la locura puede ser sustituta de la racionalidad que el poder instituye como un orden sacro, hacen del sueño un agente disociador. Solo en ese sueño o delirio pueden, podemos (los surrealistas a inicios del siglo XX así lo confirmarán) tener nuestro verdadero rostro, estar libres de máscaras, hacer de ese trance un acto más que de reconocimiento, también de resurrección en el que “volver a ser hombre” sin duda es volver a reconocerse-reconocernos en la íntima condición de “miseros mortales”, de “pequeño género humano”. Pues como sostiene el sujeto de este monólogo que, al enfrentar al Tiempo y sus códigos, lo está desajustando, legitimando su condición de testigo y lector insobornable:

En fin, la tremenda voz de Colombia me grita; resucito, me incorporo, abro con mis propias manos los pesados párpados: vuelvo a ser hombre, y escribo mi delirio.

Los resultados de la escritura, prolongación de ese delirio, están palpables en el palimpsesto de una historia que es parte de una escritura que aún compartimos, que aún nos junta y puebla de interrogantes, pero también de certezas. Delirio en el que todos buscamos, en el fragor de renovadas batallas, “volver a ser hombres”.♦

Fecha de recepción: 10 marzo 2009

Fecha de aceptación: 28 abril 2009

Bibliografía

- Álvarez Arregui, Federico, “Romanticismo”, en *Diccionario de las Letras de América Latina*, t. 3, Caracas, Biblioteca Ayacucho / Monte Ávila Editores / CO-NAC, 1995.
- Araujo Sánchez, Diego, “El Romanticismo en Ecuador e Hispanoamérica”, Diego Araujo Sánchez, coord., *Historia de las literaturas del Ecuador. Literatura de la República, 1830-1895*, Quito, Universidad Andina Simón Bolívar / Corporación Editora Nacional, 2002.
- Ayala Mora, Enrique, edit., *Simón Bolívar*, Quito, Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador/Corporación Editora Nacional, 2004, 3a. ed.
- Barrera, Isaac J., *Historia de la literatura ecuatoriana*, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1960.
- Béguin, Albert, *El alma romántica y el sueño: ensayo sobre el Romanticismo alemán y la poesía francesa*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996.
- Bolívar, Simón, *Obras completas*, Compilación y notas de Vicente Lecuna, vol. II, La Habana, Editorial Lex, 1947.
- Carta, “Al Señor Simón Rodríguez”, Patavilca, 19 de enero de 1824, en Simón Bolívar, *Doctrina del libertador*, vol. 1, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1985.
- *El pensamiento de Simón Bolívar: discursos, proclamas y correspondencia*, Lima, San Marcos, 2006.
- *Simón Bolívar*, Enrique Ayala Mora, edit., Quito, Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador/Corporación Editora Nacional, 2004, 3a. ed.
- Carilla, Emilio, comp., *Poesía de la Independencia*, vol. 59, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1992, 2a. ed.
- Castilla del Pino, Carlos, *El delirio, un error necesario*, Oviedo, Ediciones Nobel, 1998.

- Cortazar de Seghezze, Laura Isabel, “La figura de Bolívar en la lírica tradicional”, en Alicia Chibán, comp., *En torno a Bolívar: imágenes, imágenes*, Salta, Consejo de Investigación Universidad Nacional de Salta, 1999.
- Espinosa Apolo, Manuel, Correspondencia íntima de Simón Bolívar y Manuela Sáenz, Quito, Centro de Estudio Felipe Guamán Poma, 1996.
- Real Academia Española, *Diccionario de la Lengua Española*, t. 1, Madrid, Espasa, 1992.
- Freud, Sigmund, *El delirio y los sueños en la “Gradiva” de W. Jensen y otras obras, 1906-1908*, Buenos Aires, Amorrortu, 2001.
- García Márquez, Gabriel, *El general en su laberinto*, Bogotá, Norma, 2004.
- Gies, David T., edit., *El Romanticismo*, Madrid, Taurus, 1989.
- Grases, Pedro, *Escritos selectos*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, vol. 144, 1989.
- Humboldt, Wilhelm von, *Cartas americanas*, Caracas, VE: Biblioteca Ayacucho, 1980.
- Henríquez Ureña, Pedro, Las corrientes literarias de América Hispanica, México, Fondo de Cultura Económica, 1994 [1995].
- *Escritos políticos*, México, D.F., MX: Fondo de Cultura Económica, 1996.
- Jiménez, José Olivio, *Antología crítica de la poesía modernista hispanoamericana*, Madrid, Hiperión, 1994, 4a. ed.
- Kahle, Günter, “Simón Bolívar y Alejandro de Humboldt”, en Simón Bolívar y los alemanes, 1830/1980, trad. de Ernesto Garzón Valdés, Berlín, Dietrich Reimer Verlag Berlín, 1980.
- Praz, Mario, *La carne, la muerte y el diablo en la literatura romántica*, Barcelona, El Acantilado, 1999.
- Paz, Octavio, *Los hijos de limo: del Romanticismo a la vanguardia*, Barcelona, Seix Barral, 1987.
- *Al paso*, Barcelona, Seix-Barral, 1992.
- Pratt, Mary Louise, “Humboldt y la reinención de América”, en Saúl Sosnowski, comp., *Lectura crítica de la literatura americana: inventarios, invenciones y revisiones*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1996.
- Puente Candamo, José Agustín de la, *Historia General de América. La Independencia en Hispanoamérica*, Caracas, Historia General de América, 1991.
- Rumazo González, Alfonso, *Simón Bolívar*, Bogotá, Intermedio, 2006.
- Sasso, Javier, “Romanticismo y política en América Latina: una reconsideración”, González Stephan, Beatriz, et al., *Esplendores y miserias del siglo XIX: cultura y sociedad en América Latina*, Caracas, Monte Ávila, 1994.